

## CÓMO SE ENTERÓ EL CONDE DE GONDOMAR DE LA EJECUCIÓN DE SIR WALTER RALEGH

EL asunto principal durante la primera embajada en Inglaterra del Conde de Gondomar fué el de conseguir el castigo de Sir Walter Raleigh; iban en ello la dignidad y la conveniencia de España que, de no lograrlo, difícilmente podría mantener su Imperio libre de ataques audaces de corsarios disfrazados de exploradores.

Era arduo triunfar en tal empresa diplomática. Sir Walter por nacimiento, valor, saber y letras se consideraba figura prócer entre las que sobrevivían del reinado de Isabel. H. E. Egerton en su estudio *Origin and growth of english Colonies* escribe: «Sir Humphrery Gilbert y su medio-hermano Raleigh pueden ser tenidos por los verdaderos fundadores del Imperio inglés.»

Su fama por perseguir y capturar galeones españoles y de explorador de la Guyana no había decrecido, antes aumentado, con la aureola de la prisión. En 1603 había sido condenado a muerte, condena conmutada por la de cárcel, acusado de conspirar contra la vida del Rey Jacobo. El ilustre preso consumía las horas en el estudio de problemas de náutica y de ciencias naturales y en proyectar expediciones fructuosas en oro. Y también cultivaba la Historia, ocupándose en la Universal, hasta que al escuchar al alcaide el relato de un motín, que él mismo había presenciado, rompió los capítulos escritos, perdida su fe en los testimonios del tiempo.

Con nobles y negociantes planeó una expedición para explotar una mina de oro, fantástica, situada en la cuenca del Orinoco. El Rey inglés se mostró propicio a autorizarla. Gondomar, por cuantos medios tuvo a su alcance, se opuso al proyecto. El episodio es bien conocido y fuera prolijo relatarlo <sup>1</sup>.

Los historiadores ingleses pintan la situación de ánimo de Sir Walter Raleigh. Puesto en libertad para mandar la expedición, si regresaba con tesoros, alcanzaría el perdón regio; si fracasaba, su pérdida sería inevitable.

Diéronse a Gondomar seguridades múltiples de que la expedición evitaría y rehuiría cualquier ocasión de roce con los españoles. Raleigh dejaba fianza de 4.000 escudos y su amigo el mecenas Lord Arundel, — aquel hombre bueno que mereció ser llamado el «Father of vertu» — salió fiador de que volvería a Inglaterra, fuese cual fuere el suceso de la navegación <sup>2</sup>. Pero Raleigh, extremando precauciones, entró en conversación con el Embajador francés en Londres para desembarcar en Francia en caso de infortunio.

Antes del 26 de junio de 1617 partió de Plymouth la flota de siete navíos y 439 hombres, que se duplicaron, aquéllos y éstos, al tocar en Irlanda. Llegó a Lanzarote el 6 de setiembre y pronto comenzaron a producirse choques piratescos que decidieron al retorno a Inglaterra de un barco de los nautas. El 13 de noviembre dieron vista a la Guyana y, días después, una flotilla de cinco navíos, mandada por Keymis y el hijo de Raleigh, penetró por el Orinoco en demanda de la mina maravillosa y mítica. El 10 de enero surge el incidente con las tropas españolas que guarnecían

<sup>1</sup> Véase en especial la documentada monografía de don Ciriaco Pérez Bustamante, *Espanoles e ingleses en América durante el siglo XVI: El Conde de Gondomar y su intervención en el proceso, prisión y muerte de Sir Walter Raleigh*, Santiago, 1928.

<sup>2</sup> Mary F. S. Hervey, *The life, correspondence and collections of Thomas Howard Earl of Arundel*, Cambridge, 1941.

Santo Tomé y comienza la racha que desastró la expedición, en la que muere el hijo de Sir Walter Raleigh.

Descorazonado, después de haber visto cómo muchos de sus hombres se hacían corsarios sin rebozo, vuelve a Inglaterra, atribuyendo el desbarate de todos sus planes a los manejos de Gondomar que había prevenido a las guarniciones españolas. Arriba en mayo a Irlanda y, pese al fracaso, es bien recibido en Plymouth.

Gondomar, en vísperas de regresar a España, aplaza la salida y desarrolla una enérgica y habilísima gestión para que se castigue al expedicionario; y llega a convencer a Jacobo — según comunica a Felipe III en 13 de julio — de que «al Rale y a los que fueron con él los enviara presos a S. M. para que los mandase ahorcar en la plaza de Madrid». Mas su sagacidad le advierte que sería preferible evitar a su Rey y a su nación la responsabilidad en el fin de hombre tan principal. Al menos, esto parece deducirse del giro que siguen los acontecimientos. El 5 de setiembre escribe desde París lleno de alegría: «De Inglaterra me escriben todas maravillas de cuán puntualmente va cumpliendo el Rey lo que me ofreció en materias de Relijión y en lo de Walter Rale, y que stá ya declarado por traydor y pirata y puesto preso como tal en la Torre, sperando lo que su Magd. nuestro amo ordene que se haga»<sup>1</sup>. Pero quizá oculta su verdadero pensar, ya que estaba Sir Walter Raleigh preso en Plymouth y pretextando, o acreditando, enfermedad grave — se decía que lepra — obtiene del Rey permiso para permanecer en su casa, y lo aprovecha para el intento de poner en práctica su antiguo acuerdo con el Embajador de

<sup>1</sup> *Documentos inéditos para la Historia de España* (1943) t. II, p. 85. En esta nueva serie, por mi indicación, acogida por el señor Duque de Alba, se han consagrado los dos primeros volúmenes a los despachos y cartas del Conde de Gondomar (1616-1620). La edición ha estado a cargo de los Académicos señores Ballesteros y Castañeda.

Francia, embarcándose; frustrada la maniobra, en 22 de agosto está ya en la Torre de Londres. El desenlace se precipita y Gondomar se entera de todos sus pormenores por el relato que el 14 de noviembre le envía desde Inglaterra su confidente Juan Bautista Van Male.

La carta, que figura en el ms. n° 2.160 de la Biblioteca de Palacio, que es uno de los tomos de la riquísima correspondencia de nuestro Embajador, no se puede leer sin emoción, tan expresiva es en su estilo preciso y directo, así del temple de Sir Walter Raleigh, como de la destreza del gran diplomático en mover los hilos del tremendo acontecimiento, ejemplar para que el respeto a España no estribase en promesas vanas.

He aquí el texto de la carta:

«Illmo. Señor:

Por la que escriuí a V. S. Ills. con el licenciado Ciriza abrá V. S. I. visto el estado que tienen las cosas de acá; después sucedió la ejecución de Waltero Rale, que fué a siete deste; siendo el día antes llevado delante de Milord Montagú en la sala de Justicia, que aquí llaman Hinsbens. Y porque V. S. I. esté puntualmente ynformado de todo, quiero referir aquí las mismas y formales palabras deste Juez.

Waltero Rale parezió en esta sala acompañado del teniente de la torre de Londres, donde se hauían juntado los Juezes de Inglaterra en sus ropas de grana y Montagú como presidente le dijo:

«— Vos, Waltero Rale, saueys que fuestes conuençido y condenado a muerte en tiempos passados por los delitos que hauíades cometido y que gozastes de vra. vida asta agora por sola la gracia de vro. Rey; la qual ha venido a cessar en este tiempo, y assí dezid Vos agora, si tenéys algún perdón y las razones que halláis para q. no seáis executado.»

Este fué todo el uiscurso.

Aquí pretendió el Rale de replicar y de balerse de la patente que tubo para su Jornada de la Guiana; a que se le respondió, q. por allí no se podía saluar, y antes que obiera hablado quatro pa-

labras le mandaron callar, y al punto se dió orden a los cherifes de Londres q. le lleuasen y le tubiessen en su custodia; los quales le aposentaron por aquella noche en la prisión de Gatehouse.

Quando llegó a la execución, la qual se hizo delante de la Sala del Parlamento sobre un tablado, mucho[s] caualleros le fueron acompañando a cauallo. El conde de Arundel y otros del Concejo [*sic*, por Consejo] se hallaron también presentes y antes de morir hizo grandes oraciones al pueblo sobre su inocencia, con que pro-uocó algunas murmuraciones. Llamó al Conde de Arundel, el qual llegó sobre el tablado y tras haberse abraçado tubieron algunas pláticas juntos.

El dixo publicamte. que murió por dos cosas: lo vno por hauer tratado con Francia; lo otro, por hauer hablado mal de su Rey y, con juramento, protestó que era ynnoçente de ambas cosas; y lo mismo afirmó del Conde de Essex que hauía conspirado contra su vida; y assí dixo q. hauía estado con calentura dos días y la aguardaua por horas. Y, bolviéndose al verdugo, tomó en sus manos el destreal y tocó sobre la uña para ver si cortaua bien, diciendo que esso era el verdadero remedio para curar todas enfermedades, y como se ponía de rodillas, dixo al verdugo estas palabras:

— Quando extendiere los braços, entonces podrás dar el golpe.

Puso la caueça sobre el palo, hauiéndose desnudado él mismo sin que le tocasse el verdugo, extendió los braços y como el verdugo no lo hechó de ver, dijo Rale:

— ¿Por qué no cumpliste con mi orden?

A que replicó el verdugo:

— Vra. caueça no estaua bien puesta.

Y el Rale le boluió a responder:

— No ymporta, como esté bien mi corazón.

Con esto, le dió con el destreal dos golpes y al punto hecharon el cuerpo en un coche que estaua allí a la mano, cubierto de luto y con dos cauillos blancos, el qual él mesmo vió entrar.

Prometo a V. S. I. que murió con tanto ánimo como si ubiera andado a alguna boda y no pienso que en los tiempos de los romanos se aya bisto vn espectáculo como éste.

Oluidóseme dezir que auía mandado trayer vn caldo en vna escudilla de plata, y como llegó no lo quiso tomar. Esta es la verdadera historia, sin que se aya jamás tratado ny hablado de los

excessos q. cometía en la Guiana y, aunq. esto consta, pienso que este Rey procura de dar a entender que le hizo morir para satisfacer al Rey de España y q. hará ymprimir papeles dello, y q. en sus ocasiones no dexará de balerse deste pretexto. Pero, con todo esto, no ha sido malo q. esta execución se aya dilatado, aunq. ello no escusa a este Rey, porque por ay se ha descubierto el ánimo de los franceses y tenemos agora suficiente prueua de sus amistades.....»

No hace al caso el resto de la carta referente a otros asuntos. No consta cuándo llegó, pero el 28 del mismo mes escribe el Conde a Ciriza: «Paréceme que deben aber ahorcado ya al corsario Walter Rale y gran cosa es lo que se ha hecho en esto». En los documentos publicados no hay referencia posterior <sup>1</sup>. El relato del final trágico de Sir Walter Raleigh cerraba su primera embajada. El triunfo era completo, pues se había logrado el castigo sin echar sobre España el peso de la muerte de un hombre tan culpable como eminente. Pero, se ocurre pensar si por el espíritu del Conde, admirable conocedor del pasado y de su tiempo, no cruzaría el destello previsor de un porvenir triste para su España, justamente, porque creía que «En el aumento de navíos y marineros, consiste la grandeza y conservación de España, porque el Mundo está reducido hoy a que el que es señor de la mar lo será también de la tierra».

Agrega pormenores de la ejecución un escrito que se encuentra en el proceso de Sir Walter Raleigh, de este tenor <sup>2</sup>:

«En la mañana fatal los Lores de Arundel, Northampton y Doncaster con algunos otros Lores y Caballeros estaban

<sup>1</sup> Me refiero a los t. I y II de la nueva serie de *Documentos inéditos para la Historia de España* (1936-1943).

<sup>2</sup> Somers *Collect. of Tracts* (Scott's ed. 1809, vol. II, p. 441, citado por M. F. S. Harvey, *ob. cit.*, p. 150).

en una ventana a alguna distancia del cadalso; Raleigh, advirtiéndole que ellos no podían oírle bien, dijo:

— Alzaré mi voz porque quisiera tener el honor de que me oyesen.

Pero, Milord de Arundel dijo:

— No, nosotros iremos al pie del cadalso.

Cuando llegaron les saludó gravemente y comenzó a hablar de nuevo a los espectadores. Y, después, volviendo la cabeza hacia el Conde de Arundel, dijo:

« — Milord, estando en el puente de mi navío, al partir, recuerdo haber tenido el honor de que estrecháseis mi mano y me pidiéseis una cosa, la de que, fuese el viaje malo, o bueno, no huiría, sino que retornaría a Inglaterra; lo cual yo prometí, y Milord lo creyó; así lo cumplo. »

A lo que Milord contestó y dijo:

— Es verdad. »

El texto inglés no rectifica, antes refuerza, el relato escrupuloso de Van Male y uno y otro pintan con veracidad de testigos presenciales el escarmiento aleccionador, aunque fuese corta la duración de su ejemplaridad, infligido al que había osado hostilizar los caminos españoles del Mundo.

F. J. SÁNCHEZ CANTÓN.